

SUSCRICION EN MADRID.

POR UN MES... 4 RS.
 POR TRES MESES... 40
 POR UN AÑO... 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 42 RS.
 POR SEIS MESES... 24
 POR UN AÑO... 50

EL VERDADERO ROBINSON.

CAPITULO III.

La vuelta del mundo.—El mar de las Algas.—Modo de proporcionar negros.—La California.—El Dorado.—Rebelión de Selkirk.—El libro de bordo.—Degradación.—Una playa desierta.

El *Espadon*, bien provisto de viveres, de cañones y municiones de guerra, zarpó del puerto de Dunbar una hermosa mañana con viento fresco y de popa, viró al Sur en el mar del Norte, saludó al paso á la Irlanda, dejó á la izquierda la Francia y la España, atravesó las Azores, las Canarias, las islas de Cabo Verde, costeó el África, y después de detenerse algun tiempo en Guinea y el Congo, dobló el cabo de Buena Esperanza en medio de la tempestad tradicional.

Penetró en el Océano Indico, pasó el estrecho de la Sonda, hizo escala en Borneo y en Java, entró en el mar del Sur por el golfo de Siam, dando vuelta á las islas Filipinas, y después, por los inmensos espacios del Océano Pacifico, siguió el derrotero que en 1686 trazó el *Rosbuch*, navio explorador de Guillermo Dampier. Como aquel el *Espadon* ancló algunos dias en la isla de San Pedro, antes de lanzarse en aquella inmensidad en que durante mas de dos meses, las olas se sucederian unas á otras: tocó por fin en la costa de la América Septentrional, y echó el ancla en una bahía de la California.

Este viaje gigantesco, que parecia no podia intentarse sino bajo la inspiración de la ciencia, y con la esperanza de los mayores descubrimientos, le concibió Stradling solo con el objeto de hacer su negocio, y aun con el de la rapina. Solo con el gran vehiculo de la codicia, se habian emprendido hasta entonces tan atrevidas y arriesgadas navegaciones. Los españoles y portugueses al descubrir nuevos continentes, pensaban menos en la gloria que en las riquezas: habian conquistado un nuevo mundo para saquearle: los vencidos que pudieron escapar del esterminio, se vieron obligados á remover la tierra, no para hacerla mas fecunda, sino para extraer de ella en provecho del vencedor, el oro que podia contener. Las demas naciones europeas que no tuvieron parte en la conquista, tratan de tenerla ahora en el botín. Para esto, es suficiente el menor pre-

texto de guerra, ó un motivo de comercio y de cambios. Stradling tenia los dos recursos á su disposicion: cuando se detuvo en la costa de Guinea y de Congo, fué con objeto de proveerse de negros, que contaba vender bien en América. En Borneo se le presentó la ocasion de despachar con ventajas la mayor parte de su cargamento: como era hombre de travesura y poco escrupuloso, se aprovechó bien pronto de otra ocasion para renovar.

En las aguas de la Sonda, algunas barcas conducidas por negros y malayos, se hallaban enredadas en medio de aquel cúmulo de algas, ovas, y otras plantas marinas, que desprendiéndose del fondo, flotan algunas veces por la superficie, ocupando una estension inmensa: en cuanto Stradling los vió, invitó á los remeros á que subiesen á bordo, y les prometió remolcar las barcas. Pero todos los que subieron al *Espadon*, no volvieron á bajar de él mas que para ser vendidos.

Aunque Selkirk habia recibido una educacion superior á la de sus compañeros, participaba de las costumbres de su tiempo: nada, pues, le sorprendió ver que el capitán cambiaba en Congo espejitos, cuentas de vidrio, media docena de fusiles inútiles, y algunos toneles de aguardiente, por hombres todavía jóvenes y vigorosos, que arrancaba á su pais y á su familia. Tenian la piel de otro color que la suya, y la cabeza lanuda, y era un tráfico como cualquiera otro, reconocido por los gobier-

nos, y que ofrecia muchas ventajas; pero cuando vió á Stradling atacar la propiedad ajena para reparar el vacío que quedaba en su buque, no pudo contener su indignación, y la manifestó en alta voz.

—Lo hago por el interes de su salvación, contestó el capitán sin alterarse: procuraremos que sean cristianos.

Al acercarse al mar Bermejo, profundo golfo que separa á la California del continente americano, y forma de ella una península, se frotó á los malayos con una mezcla de brea y sangre de drago desleida en un aceite cáustico, para dar á su aceitunada piel un matiz mas oscuro; y atendido el poco ensanche de su nariz, y lo sedoso de sus cabellos, haciéndolos pasar por negros y olofos, los cambió en el cabo de San Lucas con todos los demas, por perlas y otras producciones indígenas.

El jóven contramaestre encontró aquel modo de proceder tan infame y desleal como el primero, é hizo nuevas observaciones.

Aquella vez, el capitán le miró de soslayo, y se encogió de hombros sin contestarle.

La tempestad comenzaba á formarse entre ambos.

No sin un objeto particular, Stradling, en su navegación por el mar del Sur, se dirigia con preferencia á la California.

Dedicó un mes entero á cruzar por la costa de la península, y reconocer todas las bahías del mar Bermejo; esperaba encontrar allí un paso hácia una tierra desconocida, presentida y codiciada entonces por todos los navegantes ¿Cuál era aquella tierra? ¡El Dorado!

Aunque he pasado por alto todos los pormenores del viaje para llegar al importante acontecimiento de esta

chas tentativas infructuosas, negaron lo que no podian alcanzar: varias memorias de las academias de Europa probaron terminantemente que el Dorado no era una tierra sino un sueño: los argonautas se desalentaron, y durante un siglo ya no se habló de semejante pais sino para burlarse.

Y sin embargo, á despecho de los escépticos y de los burlones, ¡el Dorado existia! existia allí, en donde la tradicion le habia colocado, en la costa de aquel mar Bermejo, que habia llegado á ser el golfo de California. Esta vez, los cuentos populares habian tenido mas razon que las disertaciones de la ciencia, y las negativas de la filosofía: allí, en donde segun el diccionario de Alcedo, no se habian descubierto mas que minas de estaño... allí, en donde Jacobo Baegert (4) quiso reconocer minas de oro, pero que no encontró mas que *despreciables filones*: en donde Raynal no ha señalado nada curioso mas que los pescados y las perlas, declarando que en California era *mas rico el mar que la tierra* (2), allí, en donde en nuestros mismos dias Mr. de Humboldt no ha visto mas que cactus cilindricos en una tierra arenisca, quedaba sepultada como un depósito para el porvenir, esa grande reserva, ese tesoro del mundo, que para salir de la tierra, parecia aguardar el momento de que cayese en manos de un pueblo comercial é industrial, el de los Estados Unidos...

En vano buscó Stradling el Dorado: se decidió, pues, á continuar su viaje siguiendo el litoral de Méjico, unas veces con pabellon francés cuando encontraba ocasion de comerciar con los indígenas, colonos ó salvajes; y otras con pabellon inglés, cuando queria ejercer su oficio de corsario, oficio muy fácil, porque desde el desastre de Vigo, los españoles tenian abandonadas sus posesiones transatlánticas.

El ejército español de América se encontraba entonces al frente de los aventureros europeos, en aquel estado de pusilánime inferioridad, que en la época de la conquista habian tenido los súbditos de los Incas y de Motezuma, con respecto á los soldados de Cortés y de Pizarro. No estaba muy remoto el tiempo en que algunas bandas de filibustieros, procedentes de Francia, Inglaterra y Holanda, por poco arrebatan uno á uno á S. M. católica, los mas vastos y ricos de sus veinte y dos reinos hereditarios.

Stradling seguia las huellas de los filibustieros.

Dos pueblecitos de la costa fueron puestos á contribucion por la tripulacion del *Espadon*: hubo lucha, preparativos de asalto, parlamentos y capitulacion: en aquel negocio, el jóven contramaestre se condujo dignamente como combatiente y como negociador, y sin embargo, el capitán, al hacer el elogio de su gente, ni aun siquiera le nombró.

Selkirk sintió una indignación tanto mas viva, cuanto que la vida de bordo iba ya haciéndosele pesada. El tráfico de negros no le remordia la conciencia: no encontraba tampoco que fuese mas ignominioso guerrear con los españoles en el Nuevo Mundo, que haberse batido con ellos en el antiguo; pero comparaba á su gefe actual el capitán *Califourchon* (patituerto), con su gefe de otro tiempo, el noble é intrépido almirante Hooke; estendia en su imaginación el paralelo á sus antiguos compañeros de la marina real, tan francos, tan alegres y leales, entre los que sin embargo no habia podido encontrar un amigo, y sus nuevos camaradas, reclutados en su mayor parte, entre la gente mas infima de la marina mercante de la Escocia: entristeciase su pensamiento, y se despertaban con violencia las ideas de independencia, que daban en él desde la época en que estuvo en el colegio.

En cuanto se lo permitian los deberes que tenia que



Isla de Juan Fernandez habitada por Selkirk.

historia, ahora que el reciente descubrimiento de las inmensas minas de oro de la California ha despertado la atención del mundo entero, y que solo el nombre de *Sacramento* parece que llena de oro la boca que le pronuncia, hay un hecho muy curioso, completamente ignorado tal vez, y que no pasará en silencio.

Desde mediados del siglo XVI, y bien entrado el XVII, un rumor vago, una tradicion confusa, habia designado en las inmediaciones del mar Bermejo una tierra privilegiada, cuyos rios arrastraban oro, y cuyas montañas tenian sus grandes basas del mismo metal: los tesoros de Méjico y del Perú no eran nada en comparacion del oro que allí debia recogerse. Se hablaba de un pedazo de oro nativo, de una *pepita* que pesaba cerca de ochenta libras.

Aquel era el racimo de la tierra de promision.

A este maravilloso pais se dió de antemano el nombre del *Dorado*.

Los intrépidos argonautas de aquellos dos siglos se disputaban la gloria de ser cada uno el primero en enarbolar su bandera en aquella nueva Cólquida, defendida segun decian, por los apaches, pueblos terribles, sanguinarios, antropófagos, que el mismo Cortés no habia podido dominar. Unos colocaban este pais del oro en lo interior de las tierras, hácia la parte de la Nueva Vizcaya ó del Nuevo Méjico; y otros en los supuestos reinos de Sonora y Quivira: después de mu-

(1) Relacion de la California, 1775.

(2) Diccionario filosófico de las dos Indias, tomo III.

desempeñar, procuraba aislarse de todos: solo se encontraba bien cuando colocado en la popa, durante las horas que le tocaba de cuarto, se distraía mirando el mar, ó estudiando la estela del buque.

Como para aumentar sus malas disposiciones, Stradling era cada día mas duro y exigente con su jefe de tripulación, y le imponía los trabajos mas duros, é impropios de su empleo. Hubiérase dicho que trataba de desesperarle: así sucedió en efecto.

Selkirk reclamó con instancia le escuchasen las quejas que tenía que esponer: el otro no le prestó mas atención que á un moscón que zumbase á sus oídos.

Irritado al ver aquella impasibilidad insultante, el jóven declaró que no debía haber nada comun entre los dos, y que cualquiera que fuese la suerte que le cupiese, pedia que le dejasen en la costa.

Stradling se puso la mano en la frente.

—Es una idea.... dijo, y le volvió la espalda.

Al día siguiente, al acercarse al istmo de Panamá, el obstinado Selkirk volvió á la carga.

—El momento es favorable para desembarazarse de mí y para que yo quede libre de vos, dijo al capitán, que me conduzcan á tierra en la lancha: espero atravesar el istmo sin ser molestado, ganar el golfo de Darien, el mar del Norte, y volver á Escocia, aun antes que el *Espadon*.

Esta vez el honrado pirata le prestó entera atención: con las piernas mas abiertas que nunca, se detuvo para escucharle, y despues meneando la cabeza, guiñando el ojo, y con una sonrisa de vampiro en ayunas:

—Mucha prisa teneis por casaros, camarada, le respondió.

Durante aquella larga travesía, era la primer palabra que le hablaba con respecto á Catalina, y Selkirk no la comprendió.

No tardaron mucho en pasar por delante de Panamá. el buque continuaba su rumbo, y Selkirk de su propia autoridad interrumpió la maniobra, mandó virar de bordo, amainar las velas, y dirigirse á tierra.

Stradling lo prohibe, pronuncia un juramento formidable, sin que en su semblante se notase, sin embargo, la menor alteración, y mandó al jóven le llevase el libro de bordo. Cuando se lo hubo entregado, escribió en él:

«Hoy 4 de setiembre de 1704, Alejandro Selkirk, contramaestre del navio, se ha rebelado contra mí, despues de un conato de desercion al enemigo: le he recogido su titulo y suspendido su empleo; en caso de reincidencia, le haré ahorcar de la verga del palo mayor.»

Y así se lo notificó al condenado.

Desde aquel día se vió obligado á servir en el *Espadon* en clase de simple marinero, y sus subordinados de ayer, sus iguales de hoy, le hicieron espiar duramente la autoridad que habia ejercido sobre ellos, lo cual no era muy á propósito para curarle del desprecio que naturalmente habia tenido siempre á los hombres.

Así trascurrió un mes, durante el cual tocaron varias veces en las costas del Perú, ya para renovar los víveres y el agua, ya para cambiar con los indios, clavos, hachas, cuchillos y collares con cuentas de vidrio por pajitas de oro, peleterías y vestidos adornados con plumas de todos colores.

Durante una de aquellas escalas, Selkirk, que habia quedado en el navio, se avistó con el capitán. Supo que los restos de algunas bandas de filibusteros se habian colonizado y dedicado á las faenas agrícolas; el hecho era conocido de todos. En Coquimbo, en Chile, antiguos piratas ingleses y holandeses, habian formado un establecimiento que iba prosperando. Selkirk, que ya hacia un mes guardaba silencio en presencia del terrible capitán, le pidió con una voz que procuró aparentar tranquila y suplicante, le desembarcase en Coquimbo, de donde no se encontraban muy distantes.

—Esta vez no me acusareis, le dijo, de querer desertar al enemigo; con los que quiero reunirme son ingleses, escoceses, holandeses, y en fin, compatriotas ó aliados. ¿Abrigais todavía desconfianza contra mí? Pues bien, no os contentéis con ponerme en la playa, entregadme vos mismo al jefe del establecimiento.

Stradling guiñó el ojo, pero no hizo nada mas.

—¡Ah! continuó el jóven con una emoción que iba en aumento; no creais que me podreis retener mucho tiempo á bordo para abrumarme con el peso de la humillación.... He consentido en servir á vuestras órdenes en clase de jefe de la tripulación, y me habeis hecho el último de vuestros marineros; no teneis derecho para eso, ¿lo entendéis?

Stradling tomó su antejo y le dirigió hácia la playa, en donde su gente se disponía á comerciar con el vidrio y la quincalla.

Levantando la cabeza y cruzando los brazos prosiguió Selkirk con mas vehemencia:

—Capitán, un día ú otro volveremos á Inglaterra, en donde las leyes protegen á todos; allí tendré el derecho de quejarme, y la reina Ana gusta de administrar recta justicia. Vivid con cuidado.

Stradling, mirando siempre con su antejo, se puso á silbar el *God save the keen*; despues llamó á su mono y le hizo que brincase delante de él.

—Pero no... quiero marchar, quiero librarme de vuestra vista y de la de vuestros dignos compañeros; lo quiero á cualquier precio ¿lo ois?... gritó Selkirk con exasperación. No sufriré ocho días mas vuestros infames tratamientos. Si no accedéis á mi demanda, juro por Dios y por San Patricio, que sabré prescindir de vuestro permiso; aunque el buque estuviese á veinte millas

de la costa, y hubiese de perecer veinte veces, procuraré abordar á ella á nado. Ahora si, ó no, ¿os comprometeis á desembarcarme en Coquimbo? ¿Melo jurais?... Responded.

Por única contestación, Stradling le mandó encerrar en la bodega.

¡Pobre Selkirk!... ¡Ah!... si *Pretty Ketty*, si la hermosa tabernera del *Salmon Real* pudiese saber cuanto sufres por ella, cuántas lágrimas derramarían sus hechiceros ojos!... Pero ¿quién sabe si volverá á oír hablar de tí!... ¿quién sabe si ningún ser humano conocerá los padecimientos que te están reservados!...

¡Pobre Selkirk! tú que te formabas una idea tan risueña de esa grande escursión por América; que esperabas dejar como Dampier tu nombre á cualquier estrecho, á cualquiera isla nuevamente descubierta; tú que soñabas durante las arribadas, como complemento del gran viaje, en paseos científicos por las sábanas y los frondosos bosques, no has asistido mas que á una expedición comercial y pirática: de ese Nuevo Mundo, lleno de maravillosos espectáculos, no has visto mas que la ribera, la orilla del manto, la margen de esa última obra de Dios.... ¡Pobre Selkirk!... vas á volver á tu fria y brumosa Escocia, sin haber podido contemplar á tu satisfacción bajo el brillante sol de los trópicos uno de esos edenes á que dan sombra las palmeras, los bananos, las mimosas, y gigantescos helechos.... En tu pais, los musgos y líquenes cubren la corteza de los árboles; el muérdago parásito que pende de sus ramas, mas bien es un peso que un adorno; aquí numerosas familias de orquídeas de formas estrañas, de flores brillantes y variadas, se estienden á lo largo de sus nudosos tallos, desde su pie se lanzan como para envolverlos en una red mágica, las pasifloras, las vainillas de embriagador perfume, y las banisterias, cuyas raíces parece que llegan á las minas de oro para impregnarse allí del color de sus pétalos.... Allí es donde van á hacer sus nidos los pájaros del paraíso y las cotorras de siete colores; allí gorgoran y cantan los mirlos azules, y arrullan las palomas de cuello de púrpura, allí esen donde, semejantes á enjambres de abejas, acuden á millares los colibris y pájaros-moscas, esmeraldas y zafiros mezclados, que gorgoran y centellean al chupar el néctar de las flores. He ahí lo que esperabas contemplar, pobre Selkirk, y ese gozo, como otros muchos, te está prohibido para siempre.

En su prision flotante, en su calabozo submarino, no tenia mas distracción que oír el choque de las olas en el navio, ó ver de cuando en cuando á través de las escotillas la claridad del cielo.

¿Qué le importa?... No se queja, aborrece á los hombres y se encuentra muy bien en donde está solo, acompañado únicamente de sus propios pensamientos. Así pasaron muchos días.

Una mañana sintió que el brick iba conteniendo su marcha: el choque del mar contra la proa, los remolinos de las olas contra la popa, iban aminorándose, y el *Espadon*, recogiendo de repente sus velas, despues de oscilar ligeramente de babor á estribor, se detuvo sobre su quilla. Acababan de echar el áncora: ¿en dónde? eso era lo que no sabia.

Bien pronto oyó caer la escala de cuerdas que servía á los de arriba, para comunicar con su prision. Iban á buscarle de parte del capitán.

Encontró á éste sentado en la popa y rodeado de los principales de la tripulación.

—Jóven, le dijo Stradling, he debido ser severo para dar ejemplo; pero habeis sido suficientemente castigado con el tiempo que os he tenido allá abajo; y señalaba el pavimento de la cubierta. Ahora se hará lo que quereis: vais á saltar á tierra. Y se asomó á sus labios la estraña sonrisa que algunas veces solia verse en su semblante.

—Tanto mejor, contestó lacónicamente Selkirk.

Echaron la chalupa al agua, bajó á ella, y diez minutos despues desembarcaba en una verde playa, en donde las olas que iban á estrellarse en ella, parecían murmurar dulcemente á su oído la palabra libertad!

La lancha se reunió bien pronto al buque, que volvió á hacerse á la vela, acabó de costear á Chile y el pais de los Patagones, y entró por fin en el mar del Norte, por el estrecho de Magallanes.

IV.

Reconocimiento del pais.—Marimonda.—Una población bajo la bruma.—Por todas partes el mar.—Diálogo con un tucán.—El primer fusilazo.—Declaración de guerra.—Venganza.—El paraíso terrestre.

Al ver alejarse el *Espadon*, Alejandro Selkirk sintió la misma alegría que el día en que vió abrirse de par en par las puertas del colegio de San Andrés: otra vez era dueño de su persona, *gentleman masterless*. Ahora, sin embargo, es á algunos millares de leguas de su pais en donde va á gozar de su independencia, y esta idea no dejaba de moderar un poco sus impulsos de júbilo.

¿Pero no va á encontrar compatriotas en Coquimbo? ¿Y si su compañía le desagrada? ¿si sus costumbres, su modo de vivir y sus personas le llegaban á ser antipáticas, como era natural que sucediese al misántropo Selkirk?... Pues bien, ningún empeño le ligaba á ellos; siempre quedará en libertad de entrar en clase de marinero en el primer buque que dirija su rumbo á Europa.

Decidido á obrar como mejor le pareciese, y aun á hacer algunas escursiones por lo interior del continente si se le presentaba ocasión, que sabrá hacer que la ha-

ya, dirigió la primer mirada á aquel pais de su elección. Delante de él se extendía una vasta playa sembrada de árboles y cubierta de fino césped y de florecillas que se abrian á los rayos del sol: dos arroyuelos que nacían en la misma base de las colinas que estaban á su frente, despues de acariciar los contornos de aquel inmenso prado, iban á reunirse casi junto á sus pies.

Se bajó hácia uno de los arroyuelos, tomó agua de la palma de la mano, la gustó, á manera de libación para dar una prueba de acatamiento á aquella tierra generosa que acababa de recibirle: el agua era escelecente cogió una flor y continuó su inspección.

A su izquierda se elevaban montañas muy altas, que verdeaban por todos lados, excepto en sus cimas, sobre una de las cuales vió una cabra, con los cuernos muy largos, inmóvil, como un centinela, y cuyos finos perfiles se descubrían perfectamente en el azul del cielo: por el lado del mar, las montañas, encorvando sus promontorios sus peladas y blanquecinas cabezas, se mejan á unos gigantes de piedra, atentos á los movimientos de las olas, que les van socavando los pies.

A su derecha, por donde el terreno iba en declive, vió unos valles pequeños, que se encadenaban unos otros con ondulaciones encantadoras: pero sobre las montañas de la izquierda, en los valles de la derecha, y á través de las colinas del centro, su vista buscaba en vano la apariencia de una habitación humana.

Iba á dirigirse en busca de alguna: la lancha que habia conducido, dejó en la orilla sus efectos, sus armas, sus instrumentos de marina, sus cartas náuticas, su Biblia y provisiones de diversas especies. A pesar de sus sentimientos de corsario, el capitán del *Espadon* habia querido proceder al destierro por la confiscación. Selkirk tomó un fusil y su calabaza, pero no pudiendo cargar con todas sus riquezas, tuvo cuidado de esconderlas detrás de una zarza, bien defendida por las puntas de los cactus y las punzantes hojas de los aloes, importándole mucho el que el primero que llegara se apoderase de ellas.

Cuando mas ocupado estaba en aquella faena, sin de repente que la agarraban por detrás dos largos brazos velludos; volvió la cabeza y vió á *Marimonda*, mono del capitán, que era una hembra de la especie mas grande.

Selkirk ignoraba como se encontraba allí aquel animal. Disgustada de los viajes de mar con la inteligencia natural á su raza, se aprovecharia sin duda del momento en que la lancha iba á partir, para esconderse en ella y llegar á tierra con el preso, lo cual pudo efectuar sin que nadie lo advirtiera mientras el transporte de los efectos y provisiones.

Sea como quiera, Selkirk comenzó por desembarzarse de ella, la rechazó y se puso en marcha; pero el animal se obstinaba en seguirle, y despues de procurar con sus gestos mas graciosos hacersele propicio, se colocó al lado. Poco deseoso de llegar á Coquimbo, recalcó con semejante compañero, que le daría en la población la apariencia de un titiritero, Selkirk, aquella vez, la rechazó ásperamente, no con la mano, sino con la culata de su fusil.

El pobre animal, al recibir el golpe en el pecho, se detuvo, cerró los ojos, movió los labios como si murmurase quejas y reconvenciones, y poniéndose en cuclillas sobre una mata, dejó al hombre que prosiguiese su camino.

Selkirk se dirigió primero hácia los valles, y despues de darlos vuelta, llegó á una llanura cubierta de arena, y hasta donde alcanzaba su vista, no descubrió ni una aldea, ni una casa, ni una tienda, ni una choza, ni nada, en fin, que pudiera servirle para encontrar habitantes.

Sin embargo, un bosquecillo que acababa de aparecer, parecia que habia recientemente sufrido el corte de las tijeras del podador, con especialidad en la parte principal; las hojas y ramas presentaban allí cierta simetría; hallábanse esparcidos por el suelo algunos fragmentos, que se creeria eran de la víspera y hasta se veían las huellas de un rebaño. En las praderas de la ribera veía en derredor suyo árboles con la copa redondeada, que no podían tener aquella forma sin el auxilio del arte. Continuó, pues, sus investigaciones.

En fin, en una hondonada, cubierta por la bruma del mar, se presentó confusamente á su vista una porción de casas blancas y encarnadas, unas con techos de paja, y otras cubiertas de paja; á través del húmedo vapor que las rodeaba, vió brillar los vidrios de las ventanas, y hasta le parecia oír á sus pies el sordo murmullo de las ciudades, voces que se respondían, y el acompasado ruido de los martillos ó de los molinos.

¿Aquel es Coquimbo?... ya no le queda duda, y dirigiéndose por un sendero de la colina, que le parecia mas corto, acelera su marcha.

Durante aquel tiempo se levantó un viento del Este, se disipó la niebla; cuando creía llegar á los arrabales de la ciudad, Selkirk no vió mas que un conjunto irregular de piedras calcáreas, coronadas de yerbas secas, ó rocas coloradas, áridas, angulosas, aplanadas por la cima, y con fragmentos de sílex y de mica, sobre los que se fractaban algunos rayos del sol; un rebaño de cabras que la niebla parecia haber condenado á un instante de descanso, salió saltando é hizo que se elevase en el aire una bandada de gritadores mirlos, y planiferas pavos, solo el robusto pica, y el de frente amarilla, continuando martilleando con sus agudos picos, los troncos de algunos árboles.

El desengaño fué muy penoso para nuestro marino: la bruma le hizo ver una ciudad, como á todos nosotros mas de una vez, nos ha presentado en las llanuras y los

bosques, un Océano con sus espumosas olas, sus cabos, sus riberas escarpadas y sus buques al ancla.

Tal vez Coquimbo estaría al otro lado en lo interior de las tierras. Temeroso de estraviarse, si se internaba en un país desconocido, tomó el partido de explorar primero con la vista. Volviéndose hacia la playa en donde había desembarcado, trepó por las montañas del Norte, llegó á la primera meseta, y desde allí trató de descubrir alguna población. ¡Nada!... Subió todavía mas; el círculo fué estendiéndose en derredor suyo, sin resultado. Armándose de valor, venciendo mil dificultades, saltando y encaramándose sobre los peñascos mas escarpados, amontonados unos sobre otros, llegó por fin á uno de los puntos culminantes de la montaña. Entonces pudo abrazar un horizonte inmenso, pero aquel horizonte era el mar.... á su derecha, á su izquierda, por detras, y por delante de él, no veía otra cosa que el mar....

No estaba, pues, en el continente, sino en una isla. Aquella noche, quebrantado de cansancio, se acostó en una gruta, formada naturalmente al pie de la montaña, en donde pasó una noche llena de agitacion y de ansiedad.

En cuanto salió el sol, se puso en pie, y su primer cuidado fué tener un conocimiento exacto de sus riquezas, y de sus provisiones; al efecto se encaminó hacia la zarza del cactus y el aloe.

Ademas de dos fusiles, dos hachas, un cuchillo, una marmita de hierro, su Biblia, y sus instrumentos náuticos, encontró tambien buena cantidad de clavos, un gran pedazo de lona, muchos frascos de pólvora y de plomo, un saco de galleta, un poco de tocino, un barril de atun conservado en salmuera, y una docena de cocos.

La vispera, al ver la parte que le daba, habia supuesto en el corsario un sentimiento de justicia y humanidad. Aun entonces mismo creia que Straddling, engañado por un cálculo falso de la latitud, le habia desembarcado en una isla creyendo quizá dejarle en la punta de un continente. Pero la abundancia de provisiones, aquella galleta, aquellas frutas de cocotero, cosas todas sin ningun valor, si hubiese debido llegar á Coquimbo, le hicieron sospechar que el vengativo inglés habia escogido de propósito el lugar de su destierro.

¿Pero estaba completamente aislado?... ¿La isla era desierta ó tenia habitantes?... ¿Y si estaba habitada, como tenia derecho á suponer por quién?

Para satisfacer á estas preguntas, resolvió recorrer el país en toda su estension. Desde los primeros pasos, la inmovilidad de un pájaro, bastó para producirle una duda con la que todavia vacilaba su pensamiento; pero que adquiria casi una certidumbre.

Aquella ave era un tucan de resplandeciente plumaje, y de monstruoso pico. Selkirk pasó junto á él, con la cabeza al nivel de la rama en que estaba colocado, y el tucan sin moverse, le miró, con una especie de asombro tranquilo y agradable.

Selkirk se detuvo: comprendió el lenguaje mudo del ave.

—¿Tú no sabes sin duda, le dijo, lo que es un hombre?... Pues es el enemigo de todo ser á que Dios ha dado vida, y el enemigo de sus mismos semejantes. ¿No has sido nunca amenazado con esta arma que yo llevo?...

Y dando con la palma de la mano en la culata de su fusil le hizo sonar.

Al sonido de la voz y al ruido del arma, el pájaro levantó la cabeza manifestando una nueva y doble sorpresa, pero sin moverse. Parecia que se le figuraba que el hombre y el fusil eran uno mismo, y que su extraño interlocutor poseia dos voces diferentes.

No queriendo dilatar su respuesta, dejó oír una especie de chasquido algo ronco, ó mas bien un castañeteo producido por el choque de sus dos mandíbulas córneas, y después lanzó algunos gritos agudos y prolongados. Haciendo de gran señor, y acortando la audiencia que se dignaba conceder, el tucan guardó silencio, volvió la cabeza, levantó orgullosamente una de sus alas, y comenzó á alisar con la punta de su grueso pico, sus hermosas plumas verdes matizadas de púrpura.

A alguna distancia de allí, y siguiendo siempre por la orilla de un collado cubierto de arbustos, Selkirk vio otros pájaros, colocados unos en sus nidos, y otros gorgoteando á la sombra: ninguno se asustaba tampoco con su presencia como el tucan. Los mirlos y las alondras con penacho, llegaban hasta sus pies para coger semillas ó insectos: los colibris, los matizados cotingas y los manakines encarnados, revoloteaban en derredor suyo para cazar mosquitos invisibles: pequeños trepadores negros ó verdes, saltaban circularmente por los troncos de los árboles, se detenian un instante para verle pasar, y emprendian en seguida su marcha en espiral.

La confianza que inspiraba, no se limitaba á aquellas familias aladas. Sobre un otero lleno de césped, vió un animal de hocico puntiagudo, del tamaño de una liebre, y con la piel parda, sembrada de unas manchas rojizas. Sentado sobre sus patas traseras, mas largas que las delanteras, se servia de estas últimas como las ardillas para llevarse á la boca el alimento: era un aguti hembra con hijuelos que se hallaban á algunos pasos de distancia. Al ver al extranjero corrieron á colocarse junto á su madre, pero tranquilizados bien pronto concluyeron delante de él su comenzada comida.

Mas lejos, coatis con las orejas cortas, cola larga, y hocico móvil; manadas de cochinitos de Indias: armadillos, especies de erizos sin puas, pero con una

coraza, y mejor resguardados que nuestros caballeros de la edad media, se colocaban en línea á un lado del camino, como para que les pasara revista.

¡Ay! aquella quietud general confirmaba cada vez mas en el corazón de Selkirk la idea de su aislamiento.

—Sin embargo, decia para sí, ¿no he visto ayer en ese bosque caminos ó paseos simétricamente arreglados y árboles cortados en figura de bola?

Y en el mismo momento se presenta ante su vista el bosquecillo que habia visitado la vispera. Examinó los árboles, y encontró que eran mirtos de diferentes tamaños, pero en vano buscaba á través de sus lustrosas ramas las señales de las tijeras ó de la podadera: solo la naturaleza habia dispuesto así en esferóides y ombelas la cima de aquellos árboles cuya vegetacion era sorprendente.

La misma contrariedad con respecto á los arcos del bosquecillo: sus podadores fueron únicamente las cabras y otros animales aficionados á los tallos nuevos.

Entonces la completa y terrible certidumbre de su desastre le anonadó. ¡Hele ya eliminado del número de los hombres y condenado quizá á morirse de miseria y de hambre!... ¡mas preso, mas olvidado del mundo que el último criminal, sumergido en los subterráneos calabozos de una Bastilla!... ¡Este al menos tiene un carcelero!... ¡Miserable Straddling!...

En aquel momento oyó un ruido por encima de su cabeza: era el mono.

Marimonda por su parte habia inspeccionado tambien la isla, y gustado sus producciones. Sea que estuviese contenta de sus descubrimientos ó que fuesen naturales en ella la indulgencia y el olvido de las injurias, al volver á encontrar á su antiguo compañero de viaje, meneando la cabeza en señal de buena armonía, bajó del árbol en que se hallaba y se dirigió hacia él.

Pero Marimonda era el mono del capitán, su propiedad, su favorito, su adador.... En la disposicion de ánimo en que se encontraba Selkirk, no era necesario tanto para hacerle iracundo y desapiadado. Marimonda le recuerda á Straddling, y el mono pagará por el hombre.

Prepara su fusil, y sale el tiro.... el mono habia visto el movimiento y adivinado la intencion: solo tuvo tiempo para ocultarse detras del tronco del árbol, pero esto no le salvó de recibir en un costado parte de la carga.

Aquella detonacion de una arma de fuego, la primera quizá que resonaba en aquel rincón de tierra desde el principio del mundo, prolongándose por los ecos hasta las montañas mas elevadas, hizo que se levantase por todas partes de la isla, como un doloroso gemido. El instinto, esa presciencia sublime, habia revelado á todos que acababa de nacer un gran peligro.

A los gritos de espanto de las aves de todas clases, á los balidos inquietos y lejanos de las cabras, sucedió bien pronto un gáñido lastimero, semejante á la voz de un niño que llora. Era Marimonda á quien su herida hacia quejarse....

Al caer la noche, después de un día entero de marcha y de exploraciones, Selkirk se volvía hacia su gruta de la ribera, cuando vió que caía á sus pies una piedra y luego otra.

Mientras que estupefacto procuraba adivinar de donde partia aquel proyectil invisible, un fruto de palmera le dió en la megilla. Al punto oyó como un silbido de júbilo entre las hojas que se agitaron hacia la derecha, y vió Marimonda que huía de árbol en árbol; valiéndose para aquella maniobra de sus pies, la cola, y una mano solamente, porque la otra la tenia puesta sobre el costado, y le servia como de vendaje para su herida.

¡La guerra estaba ya en la isla!... Selkirk tenia en ella un enemigo declarado. Y aquella isla era desierta.... Acababa de recorrerla en todas direcciones sin que nada le revelase la existencia de ningun ser humano.

Su desgracia es, pues, completa, ya no puede que darle duda alguna. Y sin embargo, en su frente se halla impreso mas bien el carácter de la esperanza y de la fuerza, que el del abatimiento. Aquello, mas bien que resignacion, era altivez.

Acaba de visitar su imperio. La isla, irregular en su forma, tenia de cuatro á cinco leguas de largo, y de una y media á dos de ancho. Aquella morada á que se halla condenado, es el retiro mas encantador que pudiera haber escogido: era un parque americano, colocado sobre las olas.

Si alguna vez, en las partes montuosas encontró arenales y rocas estériles, y aun abismos y precipicios, parecia que solo estaban allí, para formar contraste con los frescos y verdes valles que los rodeaban. Si ha visto bosques frondosos, impenetrables, sofocados por los mil brazos de las lianas que los entrelazaban, no ha descubierto ni un solo reptil.

Por todas partes manantiales de agua viva, arroyuelos que se pierden entre la espesa yerba, ó que caen de las colinas formando cascadas, por todas partes una vegetacion lozana, plantas de las que se cultivan en las huertas, y muy refrigerantes, el berro, la berdolaga, y la acedera, esparcidas con profusion bajo sus pies; sobre su cabeza, y casi al alcance de su mano, frutas desconocidas, pero de una apariencia suculenta; en la orilla del mar almejas, mariscos de todas clases, y cangrejos ó langostas; y debajo de las cristalinas aguas, numerosas bandas de pescados de todas formas y colores. ¡Le faltará caza!... segun lo que ha visto aquella misma mañana, para proporcionársela, no tendrá necesidad ni aun de su fusil.

¡Oh! su provision de pólvora puede durarle mucho tiempo.

¿Qué tiene que desear en aquel paraíso terrestre? La sociedad de los hombres. ¿Por qué?... ¿Para encontrar un dueño, un jefe, ante cuya voluntad tenga que doblegarse?... ¿Los hombres?... ¡Pero si los desprecia, los aborrece!... ¿No es él bastante para sí mismo?... ¡Si, eso será su gloria, su felicidad!... ¿Vivir en plena libertad, no depender mas que de sí, no es lo que da al alma su verdadera dignidad?... Por otra parte, aquella isla no puede hallarse tan distante de la costa, que de cuando en cuando no lleguen á ella algunos buques ó barcas. Para él no es aquello mas que una detencion momentánea; mas aun cuando debiese verse condenado á un aislamiento eterno, ha cesado de asustarle, le acepta. ¿No ha vivido casi siempre solo, por lo menos en su imaginacion?... ¿Cuándo estaba encerrado en la bodega, no se sentia mas contento con su suerte que en medio de los groseros marinos que componian la digna tripulacion del *Espadon*?...

Ahora ya no es el prisionero de Straddling, es el prisionero de Dios, y esta palabra le tranquiliza.

Como marino, jamás ha tenido afición mas que al mar; pues bien, el mar le rodea y le guarda. No tiene motivos mas que para dar gracias al cielo.

En cuanto llegó á su gruta, tomó su Biblia, la abrió, pero el sol que se ocultó de repente detras del horizonte no le permitió leer el pasaje que acababa de señalar con el dedo. ¡Perecerás en tu orgullo!...

(Se continuará.)

UNA NOCHE DELICIOSA.

Contentus nostris si fuisses sedibus,
Et, quod natura dederat voluisses pati,
Nec illam expertus esses contumeliam,
Nec hac repulsam tua sentiret calamitas.
(Phædri fab. III, lib. I.)

Triste cosa es, ciertamente, reirse á costa del prójimo; pero *castigat ridendo mores*, dice Horacio, y adelante con nuestro cuento.

No hace muchas noches, que en una de las casas de la calle de Toledo se veian al través de los cristales de sus balcones un sinnúmero de luces que anunciaban cierta cosa extraña; anunciaban un festejo, un sarao, y los laboriosos habitantes de la calle de Toledo,—que por cierto, no tienen la costumbre de hacer grandes gastos para el alumbrado de sus habitaciones, ni aun para el de sus mismas tiendas,—se decian confusos los unos á los otros. «Sin duda esta noche hay alguna cosa extraordinaria en casa de don Patricio el quinquillero.»

Don Patricio, con efecto, es un hombre honrado, retirado del comercio de quincalla hace algun tiempo; después de haber vendido por espacio de treinta años, tijeras, cortaplumas, botones etc. etc., y habiendo logrado tener unos veinte mil reales de renta, traspasó los efectos de su tienda, y se separó del comercio para entregarse de lleno á los deleites de la vida doméstica, á los cuidados familiares de su querida esposa Felicianita, natural de la Alcarria y de un entendimiento algo limitado; mas esto no fué un obstáculo para que dejase de hacer feliz á su marido,—lo que prueba que para eso no es preciso tener talento—y darle por fruto de bendicion una niña y un niño.

La señorita era la mayor; acababa de cumplir diez y siete años, y don Patricio que nada omitió para la educacion de su hija, se lisongeaba con la idea de encontrarla un marido en otra parte, mas bien que entre el número de sus parroquianos, con tanta mas razon, cuanto que la señorita Carolina no mostraba inclinacion al comercio, pues sentia una decidida vocacion por las bellas artes, desde que hizo—cuando apenas tenia doce años—el retrato de su padre, en un papel marquilla y con lápiz encarnado, y porque un año después habia entonado al compás del piano la moderna cancion de la *Atala*.

Don Patricio estaba lleno de orgullo con su hija, por que era pintora y música, por que tenia una pulgada mas de estatura que su padre, porque se mantenía tan derecha como un soldado, por que saludaba como una titiritera, por que tenia una nariz aguileña, algo mayor que la ordinarias, una boca del mismo género, y unos ojos tan malignos y picaruelos, que difícilmente se encontraban en la cara.

Pablito, su hermano, no habia cumplido todavía los siete años, y se le dispensaba todo, en vista de su poca edad, y por eso Pablito se aprovechaba de este tácito consentimiento para hacer diabluras desde que amanecía hasta que anocheaba, porque su padre le queria mucho para regañarle, y su mamá era demasiado pacífica para encolerizarse.

Ahora bien; cierta mañana, dijo á sus solas don Patricio frotándose las manos. «Tengo una bonita fortuna y una familia deliciosa, pero esto no basta en el mundo para ser obsequiado y buscado; en fin, para que se ocupen de uno. Desde que me he retirado del comercio de quincalla, mi sociedad solo se ha compuesto de algunos amigos, antiguos tenderos como yo, que vienen de vez en cuando á mi casa á jugar á los tres siete; pero yo quiero otra cosa mejor que esto; mi hija no debe vivir en un círculo tan limitado: mi niña tiene una vocacion pronunciada por las bellas artes, en su consecuencia yo debo recibir artistas; daré saraos, conciertos, y hasta ponchadas, si es preciso; pondré sa-

las de tresillo y ajedrez, porque mi hija no puede soportar los tres sietes ni el juego de lotería; en fin, quiero que los papeles hablen de mis reuniones, y que Carolina encuentre en ellas un marido digno de sus ventajosas disposiciones.»

Y don Patricio se acercó á su esposa que estaba sentada en un sillón acariciando al gato recostado en su falda, y le dijo:

—Feliciania; he resuelto dar saráo; recibir mucha gente en mi casa. Vivimos en una esfera muy reducida para colocar bien á nuestra hija que ha nacido para ser



Don Patricio.

artista, y para hacer feliz á Pablito, que me parece está destinado á ser algo en el mundo.

Doña Feliciania, sin dejar de acariciar á su gato, respondió:

—Bueno, y á mi ¿qué me dices?... ¿Me opongo por ventura á que recibas gente.... con tal que yo no tenga que hacer algo.... no cuentes conmigo para nada.

—Tú no harás nada, Feliciania, tu obligación es únicamente la de recibir visitas,

—Será preciso estarme levantando á cada momento.



Carolina.

—Tu tienes para eso mucha gracia.... Yo mandaré lo que haya que mandar, y Carolina me ayudará.

Carolina, encantada con el proyecto de su padre, se lanzó á su cuello exclamando:

—¡Oh, si, papá mio, convida á mucha gente; aprenderé la polka y el rigodon; también concluiré la cabeza de Belisario, que tú pondrás en un marco para que la vean esa noche.

Y Pablito saltaba en medio de la sala gritando:

—Tomaremosté, ponche, dulces.... comeré de todo.... ¡qué gusto!

En seguida, don Patricio, se puso en marcha, y pasó

á visitar á los amigos de sus amigos, gente que apenas conocía, y las obligó con ruegos á que le llevaran á sus conocidos. Por último fué tal el trabajo que empleó para formar en su casa una numerosa reunión, que por espacio de cuatro días estuvo recorriendo las calles de Madrid, gastando no poco dinero en coches de alquiler, y todo por el gusto de dar un saráo, ó como dicen otros, una *soirée*.

El gran momento, ó mejor dicho, la *noche deliciosa* llegó. Se encendieron todas las lámparas, y hasta se pidieron prestados á los vecinos algunos candeleros, pues Carolina había observado que las tres lámparas que tenía, no bastaban para alumbrar el salón y la alcoba. Era esta la primera vez que don Patricio pedía prestado á sus vecinos alguna cosa, y también era la primera vez que daba un saráo.

Desde que amaneció, no se ocupó don Patricio de otra cosa que de disponer los preparativos de su próxima fiesta: mandó comprar los dulces y los helados; compró naipes, un juego de ajedrez, mandó limpiar las mesas, barrer las esteras, y mientras tanto, la señora Feliciania permanecía sentada en su sillón diciendo de vez en cuando:

—Mucho me temo, que esto de recibir visitas no sea incómodo para mí.

Carolina, terminó su Belisario, que mas semejanza tenía con el jarrón de una pilastra, que con otra cosa, sin embargo, tuvo el honor de ser encerrado en un hermoso marco dorado con su correspondiente cristal, y se escogió el mejor punto de vista de la sala para suspenderle. Carolina se esmeró en su tocador; estrenó un vestido de muselina de lana con farfalaes y jubón á la polka; se peinó con esmero y se puso moños y tirabuzones...., todo esto debía causar una grande impresión en la reunión.

Pablito tenía una casaca verde, y á pesar de haberla estrenado aquel día, no dejó por eso de dar un sin número de vueltas de campana sobre la estera, ni de subirse por encima de los muebles, ni de coger los naipes para hacer castillitos, ni de abrir la despensa y pelliscar los dulces.

Algunas veces perdía la paciencia don Patricio, y gritaba:

—Feliciania, riñe al niño.

Pero Feliciania respondía sin siquiera menear la cabeza:

—Ríñele tú, que eres quien debe corregir sus faltas.

Las ocho de la noche acababan de sonar, y nadie había parecido todavía. Carolina miraba á su padre, este miraba á su mujer, y esta miraba á su gato.... El padre de familia murmuraba de vez en cuando:

—Tuviera que ver que todos estos preparativos se hubiesen hecho para nosotros solos.

Y lanzaba desconsolado ras miradas sobre sus lámparas que ardían á las mil maravillas, sobre los muebles y sobre los demas aprestos de aquella ceremonia. Carolina suspiraba; miraba su vestido y se consultaba despues en el espejo. La señora Feliciania se contentaba con decir con su natural indolencia:

—Pues hemos hecho buena cosa con trastornar la casa de arriba abajo.

Pero Pablito saltaba por la sala, repitiendo:

—Si no viene nadie, mejor; con eso comeremos mas dulces.

En fin, sonó la campanilla.... ¡Qué felicidad! Era una familia de la calle Ancha de San Bernardo: no tardaron en venir otras personas. Don Patricio no conocía á la mitad de la gente que recibía y que presentaban otros sugetos que apenas conocía tampoco; pero estaba encantado, sin embargo, y lleno de regocijo; le dijeron al presentarle un joven muy elegante:

—Tengo el honor de presentar á vd. á uno de nuestros primeros pianistas, que gustosamente no ha querido concurrir á un gran concierto, por tener el placer de asistir á esta modesta reunión.

En seguida le presentan un famoso cantante; hombre famoso, cuya presencia solicitan con empeño las principales reuniones de la corte, y que aunque está un poco ronco, consentirá en cantar una de sus últimas composiciones.

Otro es un discípulo del Conservatorio, que compondrá una buena ópera, cuando le presenten un poema de su agrado.

Otro es un pintor; íntimo amigo de Madrazo, Esquivel, Lopez, etc. Hace muy poco tiempo que presentó un cuadro en la esposicion, que agradó con locura; es cierto que no le han querido comprar sus cuadros, pero es porque él no los ha querido vender á gentes que no sa-



Doña Feliciania recibiendo á los tertulianos.

ben apreciar su mérito. En fin, por cualquiera parte que don Patricio dirige la vista, no ve mas que hombres eminentes, y está aturdido, encantado, y no encuentra espresiones con que atestiguar el placer que experimenta en recibirlos; por ellos descuida á sus antiguos amigos, los desdena y apenas les habla; aquellos merecen solos su atencion y sus prolijos cuidados.

La señora Feliciania está ya cansada de levantarse, de saludar y de presentar una silla; pero su hija está encantadora; su marido va y viene desde la sala á la alcoba, frotándose las manos de gozo como si hubiese comprado á Madrid; y Pablito cuando entra en la sala, lo verifica siempre trayendo la boca llena.

No basta recibir mucha gente, es menester tambien saberla divertir, lo cual es una cosa que pocas personas saben hacer, hasta las acostumbradas á dar saráo. En unas partes es enojoso porque el baile es de ceremonia y es preciso limitarse á una conversacion poco amistosa y franca. En otras partes se ve uno precisado á oír hasta no mas, al dueño de la casa, que si canta y toca no abandona nunca el piano, temiendo que otro venga á ocupar su lugar; otros son aficionados al juego, y no reciben mas que para que le hagan la partida; los hay tambien que su solo ahinco es jugar, y en ese caso les importa poco que las personas que vienen á su casa se diviertan ó se fastidien. Ellos juegan y esto basta. ¡Ah! que pocas casas hay donde se sepa recibir y dar



Don Patricio invitando gente para que asistan á su saráo.

á los concurrentes un grato solaz. Es preciso para esto un tacto tan esquisito que son muy raras las personas que lo poseen en estos casos.

Como decia, don Patricio iba y venia desde la sala á la alcoba y sonreia, saludaba y se frotaba las manos; pero los invitados, que no veian otro movimiento co-

menzaron á decir un poco alto: ¿Qué es esto? ¿Vamos á pasar la noche mirándonos á la cara?... ¡Pues estariamos divertidos!

Don Patricio manifestó deseos de entablar conversacion con un caballero muy elegante y de rizada melena y con gafas, que á cada instante hace un gesto de desagrado observando la sociedad. Dijeron al buen don Patricio que este caballero era literato, y que tal vez no desdenaria leer ó recitar sus composiciones poéticas.

Don Patricio dejó de sonreír y de frotarse las manos y se alejó del caballero de las gafas cuya conversacion no le habia gustado mucho, y se aproximó á un grupo de jóvenes que miraban al Belisario de Carolina.

—Admiran la obra de mi hija, dijo entre sí; procuremos oír sin que me noten, la observacion de los artistas.

Los jóvenes en efecto, daban su opinion, que mezclaban con grandes risotadas.

—¿Adivinais lo que significa esta cabeza?

—¡Oh! te juro que en mi vida he visto cosa mas estravagante.

—Es un Belisario.

—¿Es posible?... ca, esto no es Belisario, es el retrato de algun tendero, de algun pariente de la casa.

—¿No ves esta nariz, esta boca?

—Espanta; ¡y poner en un cuadro esta profanacion del arte!

—Es necesario tener un entendimiento muy obtuso.

—¡Calla! ¿si será el retrato del Judio errante?

Don Patricio ha escuchado bastante, y se aleja del grupo sin decir una palabra, baja la cabeza, y pasa á situarse junto al piano.

El joven pianista que ha dejado de asistir á un gran concierto por venir al sarao

del quinquillero, se acaba de sentar delante del piano; recorre la escala sonando las teclas y esclama:

—¡Virgen Santa! ¿qué organillo es este? ¿Cómo quieren vds. que toque nada en este instrumento tan malo? imposible... Que re, que fa, ni siquiera está templado.

Y á pesar de todo, el pianista permanece junto al piano y toca con todas sus fuerzas, y á cada cuerda que se rompe, se rie diciendo:

—Bueno; otra cuerda rota: dentro de poco no quedará ninguna.

Don Patricio tenia encarnadas hasta las orejas, y le vinieron ganas de decir al célebre artista: «Caballero, yo no le he convidado para

que rompa las cuerdas de mi piano; deje vd. el instrumento si le parece malo, pero no impida usted que otros se diviertan.

Si embargo, el bueno de don Patricio no se determinó á decir nada de esto, lo que hubiera sido muy razonable, y á pesar suyo, oia romper las cuerdas á su piano.

Carolina se acercó á su papá y manifestó su desconsuelo viendo la manera cruel con que tratan su piano; ya no puede tocar su aria favorita, pero puede remediar el daño cantando una cancion andaluza que un vecino se presta á acompañar con la guitarra.

A fuerza de mucho trabajo logró don Patricio un poco de silencio y atencion para que escuchen á su hija; al aspecto del vecino y de su guitarra, todala reunion reprime su sonrisa burlona; es verdad que el tocador de guitarra parece un ciego de esquinilla, y es muy divertido verle puntear la vihuela de modo tan estravagante; da principio á su acompañamiento llevando el compás con los pies y la cabeza, lo que lo asemeja á esas figuras de yeso que se colocan sobre las rinconeras ó las chimeneas. No obstante, Carolina comienza su cancion, pero no consigue coger el compás del acompañante, que en vez de seguir á la que canta parece decidido á no cambiar los movimien-

tos de su cabeza y de sus pies; la cancion produce un efecto detestable; Carolina se desespera y don Patricio en lugar de oír aplaudir á su hija oye á los jóvenes que dicen riéndose:

—No lo haria tan mal una ciega de esas que venden romances:

—Voy á servir el té, dijo el ex-quinquillero, y veremos si se tranquiliza la reunion.

Y don Patricio corre á dar órdenes á su doncella, y la vieja criada, que como habia visto tanta gente en casa de sus amos, no sabe lo que se hace, y rompe platos y tazas por querer hacerlo todo de prisa.

—Natalia ¿ha preparado vd. lo que ha de servirse con el té? pregunta don Patricio á su criada.

—¿Los dulces y las bizcoletas?... si señor, todo está dispuesto.

—Hay ademas otra cosa, que le he explicado á vd.... Los emparedados, rebanadas de pan muy delgadas con manteca por encima y jamon en medio.

—¡Ay Dios mio! se me ha olvidado hacer eso.

—Pues Natalia, pronto, hágalo vd. corriendo mientras que mi niña sirve el té y las bizcoletas.

La vieja criada corre á la cocina, y maldiciendo el fiambre inglés, se apresura á cortar las rebanadas de pan y á cubrirlas con manteca, pero no habiendo pensado en comprar jamon, y temiendo tardar mucho si le manda comprar, busca en su cabeza un recurso con que suplir esta falta, y descubriendo en una cazuela un pedazo de carne fiambre que habia sobrado del cocido de aquel dia, dice:

—¡Que dicha! Voy á cortar pedacitos de carne y á ponerlos en las rebanadas, y no estará malo.... Echando mucha sal encima, no hay duda sino que van á creer



Natalia barriendo los despojos del fiambre á la inglesa.

que es jamon.... ¡Con su fiambre inglés me vuelven loco!

La criada, pone su proyecto en ejecucion; en seguida entra en la sala con una bandeja cubierta de los emparedados de su invencion y los presenta á la sociedad diciendo:

—¡Aquí está esto!

Todo el mundo toma lo que es de moda tomar con el té; pero bien pronto estalla un murmullo general: las señoras arrojan las rebanadas al brasero, los hombres las ponen sobre los muebles, y todos exclaman:

—¿Qué demonio nos hace comer este hombre?—Creo que ha querido obsequiarnos con el cocido.—El té está ahumado.—Y las bizcoletas y los dulces están roídos.—¿Si nos habrá querido envenenar?

Don Patricio está desesperado; busca á su criada que se ha escondido en la cocina, y se ocupa en recoger del suelo los restos de los emparedados.

Doña Feliciano no dice nada; pero está de muy mal humor, pues ha estrenado una papalina que pensó la encontrarían muy bonita y de moda, y una señorita se acercó á ella para decirle:

—Amiga mia, ¡que mal le sienta á vd. la papalina; es muy antigua!

—Señorita, responde doña Feliciano, se la he comprado á una modista de fama.

—Pues esa modista la ha engañado á vd. tiene muy poquísimo gusto.

—Pues señor, dijo entre dientes doña Feliciano; ¿vale la pena recibir gentes para escuchar semejantes cumplimientos?

Y su marido no cesa mientras tanto de levantar del suelo rebanadas.

El caballero de los anteojos, que no concibe como se pueda vivir en la calle de Toledo, no quiere sin embargo ser un miembro inútil, y habiéndose puesto en



Tertulianos y tertulianas.

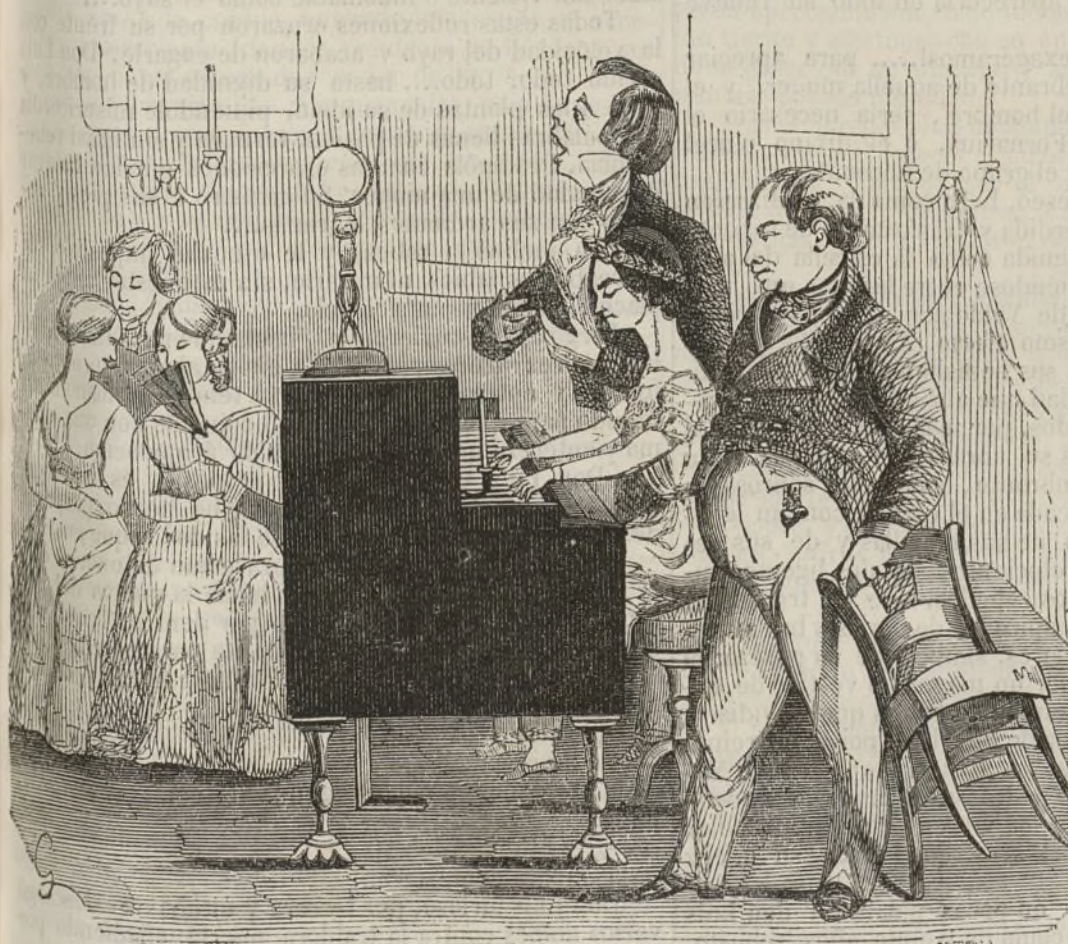
Nuestro antiguo quinquillero tosió tres ó cuatro veces antes de arriesgarse á hablar á este sugeto respetable, pero al fin se determina á decirle:

—Estoy muy satisfecho de que haya asistido á mi sarao un literato.... un poeta de sus cualidades....

—¡Ah! ¿es vd., caballero, el dueño de la casa?

—Yo soy, y mi esposa es aquella que está allí sentada en el extremo de la sala.... Aquella es mi hija.... Aquella alta.... dibuja y toca el piano.... También tengo un niño.... un diablillo.... Mírelo vd.; este que acaba de pasar corriendo por debajo de mis piernas. ¡Oh! es muy travieso.

—Caballero; lo que yo no concibo, lo que me aturde, pero como! del modo mas estupendo, es que personas que quieren recibir gente en su casa, puedan vivir



Carolina acompaña al discípulo del Conservatorio.

en la calle de Toledo. Esta calle causa horror, es espantosa.... Tan retirada del centro, con un vecindario tan antiriaristocrático....

—Sin embargo, caballero, hace treinta años que vivo en ella.

—Yo me hubiera muerto treinta veces. El que viva en la calle de Toledo, bien puede despedirse de los artistas; es preciso renunciar á la sociedad.... Vd. comprende que hacer venir á esta calle á cierta clase de gentes, es tenderles un lazo.

tarra, todala reunion reprime su sonrisa burlona; es verdad que el tocador de guitarra parece un ciego de esquinilla, y es muy divertido verle puntear la vihuela de modo tan estravagante; da principio á su acompañamiento llevando el compás con los pies y la cabeza, lo que lo asemeja á esas figuras de yeso que se colocan sobre las rinconeras ó las chimeneas. No obstante, Carolina comienza su cancion, pero no consigue coger el compás del acompañante, que en vez de seguir á la que canta parece decidido á no cambiar los movimien-

medio de la sala advierte á la sociedad que va á recitar una composicion en verso.

La sociedad forma círculo para escuchar al poeta; este tose, se suena, manda encandilar las luces, dispone que cierren las puertas, pide agua y un azucarillo, se pasa la mano por la frente y da principio á su lectura recitando una composicion campanuda, llena de puntos suspensivos donde está la tumba, el pensil, los cendales, el lloro, el esqueleto, etc., etc.... Pero ¿por qué no la han de conocer nuestros lectores? Hela aquí.

A UNA INGRATA.

Vedla hermosa y palpitante,
ciñendo el blanco cendal,
mientras habla resonante,
la campana retumbante
con su lengua de metal.

Apacigua mi dolor,
pérvida ingrata muger,
devuélveme aquel amor,
con que tornaste á encender
mi seno devorador.

Ya de la pupila ardiente
sale el lastimado lloro,
cuya deshecha corriente,
nunca ataja el bien que adoro
y ha marchitado mi frente.

Flor naciente é infantil,
cuyo tallo matinal,
fué cortado por mi mal
en el ameno pensil
á impulsos del vendaval.

.....
.....
.....

¿Dejarás que así sucumba
cuando á tu ley me someto?
¡Oh!.... sin medroso respeto
visitarás en mi tumba
mi carcomido esqueleto.

Sin tí.... ¡vive Dios, no hay nada!
Mira, mi plácido eden,
esta planta deshojada....
Si mi llanto no te apiada....
¡¡¡Maldita seas amen!!!

Oyóse en el comedor un ruido inesperado.

Es Pablito que habiendo querido alcanzar una torta puesta sobre un rimero de platos los ha dajado caer al suelo, y él también ha caído á tierra.

Don Patricio, corre á fin de conocer la causa de los gritos de su niño; la sociedad sigue al padre de familia, alegrándose de este incidente para no escuchar al poeta; este queda sin oyentes, se incorpora con aire enfadado, coge su sombrero y sale de la sala exclamando:

—¿Quién se pone á recitar versos en la calle de Toledo?

Levantán á Pablito que llora porque dos platos de los caídos le han hecho pupa en las narices, y como ya no hay música ni poesia, se ponen á jugar porque es preciso hacer alguna cosa.

Pónese una mesa para el ajedrez, otra para tresillo y otra para el *écarté*; para este juego, llaman á don Patricio. Como la mayor puesta que él ha hecho en su vida es de diez cuartos, queda estupefacto cuando le dicen que debe sesenta reales.

—¡Sesenta reales!.... ¿Qué quiere decir eso? murmura el bueno de don Patricio mirando á los jugadores.

—Esto quiere decir, que es preciso que pague vd. sesenta reales.

Don Patricio no se atreve á negar la deuda; y da los sesenta reales; en seguida pierde veinte; en fin en menos de media hora pierde cerca de cuatrocientos reales.

Sus ojos quieren salirse de su órbita; no sabe donde está ni lo que le pasa.

Llega por último la hora de retirarse, el pobre don Patricio lo deseaba con impaciencia. La gente se va sin siquiera despedirse de los dueños de la casa. La familia del quinquillero queda sola. Doña Felicianita fatigada y enojada porque se han burlado de su papalina; Carolina llora porque se han burlado de su cancion, de su dibujo, y porque le han roto el piano; Pablito, malo, porque habiéndose atracado de dulces está predispuesto á una indigestion, y don Patricio dice con acento conternado: «He perdido cerca de cuatrocientos reales.» La vieja criada; al paso que recoge los restos de sus extravagantes emparedados, murmura: «Tómese vd. el trabajo de hacer fiambres ingleses para que los arrojen por los rincones.»

—¡Esto ha concluido!.... Ya no doy mas saraos, dijo don Patricio, y empiezo á creer que es una solemne tontería proponernos salir de nuestra esfera.... Hija mia, te buscaré un marido, pero adecuado á lo humilde— aunque honrado—de tu condicion.

Si se acordaria don Patricio de la fábula de Fedro titulada el *Grajo soberbio*, que se adornó con las plumas del pavo real para hacerse superior á los de su clase, quien al fin le picoteó y le lanzó de la manada. Puede ser.... ¿quién sabe? Por eso hemos encabezado el presente artículo con algunos versos de la indicada fábula.

I. A. BERMEJO.

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA.

NOVELA ORIGINAL

POR DON ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.

CAPITULO I.

PRIMERA NOCHE DE BODAS.

Niña primorosa
De los ojos negros,
del cabello en trenzas,
del ebúrneo cuello.
¿Por qué late ansioso
tu nevado seno
y con llanto inundas
ese rostro tierno?
(Adolfo Berro.) (1)

La puerta de la alcoba nupcial acaba de cerrarse tras dos jóvenes esposos, unidos en perdurable lazo por un ungido del señor. Las bendiciones de sus padres, los parabienes de sus amigos, las lisonjeras frases de los convidados, resuenan todavía en sus oídos.

La joven desposada camina con lento paso, se acerca á un campapé inmediato, y se deja caer en él, como agobiada por un gran pesar, escondido hasta entonces en lo mas hondo del pecho.

Acerbo disgusto, repugnancia invencible, dolor profundo y reconcentrado se revelan en su semblante; y aunque pretende ocultar lo que sufre, la vehemencia de sus sentimientos es tal, que toda la fuerza de su voluntad no alcanza á mitigarla.

Victima del deber y sacrificada en sus aras, ha entregado su mano, pero no su corazón, y llora por vez última sus perdidos amores, sus doradas ilusiones, sus ensueños de felicidad, disipados para siempre en aquella noche maldicida.

Su esposo, por el contrario, aturdido con el exceso de su dicha, ciego de amor, apoyado contra el respaldo de una silla colocada junto al campapé, con el cuerpo inclinado hácia adelante, inmóvil y silencioso, la contempla embelesado, sin fijarse en las lágrimas que caen hilo á hilo de sus ojos. Sabe que ella no le ama; pero ignora que ama á otro. Despreciado mil veces, y al fin dueño de aquella muger que adoró largo tiempo sin esperanza, en el egoísmo de su ardiente pasión, solo ve ahora la felicidad que le aguarda.

Ni puede ni quiere, ni aunque quisiera podría pensar en otra cosa. Las ideas hierven, se chocan y confunden en su acalorada fantasia; la fiebre del amor cubre sus ojos con una venda; dulcísimas imágenes forman á su alrededor una nube, sobre la cual flota su alma, pronta á remontarse al cielo, sumergida en un océano de ventura.

Si en vez de pobres sonidos nos fuera dado espresar nuestros pensamientos, derramándolos, iluminados con la llama del genio, sobre el lienzo ó el mármol palpitantes de vida é inspiracion, el descolorido cuadro que acabamos de bosquejar, aparecería en todo su relieve y magnificencia.

¡Oh! ¡no creais que exageramos!.... para apreciar dignamente el atroz quebranto de aquella muger, y el éxtasis delirante de aquel hombre, seria necesario el pincel del amante de la Fornarina, ó el divino cincel que legó á la posteridad el grupo de Laocoonte.

Seductora como el deseo, bella como la realizacion de una esperanza ya perdida y trasformada de repente en realidad, dulce y lánguida como la estrella del alba en medio del mar, hundiéndose entre las olas una mañana de verano, Adela de Valdemor, risueña ó triste, produce siempre el mismo efecto. Asi el dolor no impide ahora que fulguren sus bellísimos ojos azules, emblema del candor y bondad que abriga su alma, al través de sus largos párpados, por mas que los incline al suelo, velando á medias su abrasadora mirada: y su cutis de blancura deslumbrante, levemente sonrosado; su hechicera barba marcada en el centro con un gracioso hoyuelo; el carmin de sus megillas y de sus pequeños labios, tersos y relucientes cual dos ligeras cintas de granate; sus rubios cabellos, que en trenzas de oro recogidos detrás y salpicados de perlas y brillantes, ciñe una corona de azahares, símbolo de su pureza; el talle de sílfide realzado por un magnifico vestido de encaje de Bruselas; los desnudos hombros que envidiaría una estatua griega, la voz de ángel, el porte de reina, el enano pie, la garganta, las manos, los brazos de Madona cubiertos de valiosa pedrería, el frescor, el encanto, la magia que atesora una virgen hermosa á los diez y siete años, justifican el arrobamiento de su infeliz esposo.

Haremos su retrato en pocas palabras: don Luis Larteman, es un joven como de treinta años, robusto, de pequeña estatura; de ojos pequeños, coronados por espesas cejas; anchas espaldas; labios gruesos y salientes revelando lascivia; frente pequeña comprimida en los extremos; hombre, en fin, de mediana inteligencia, de carácter irascible y violento, de pasiones fogosas, y poco escrupuloso en los medios con tal de arribar al fin que alguna vez se ha propuesto.

Adela, despues de una larga pausa, levantó de la alfombra sus ojos cubiertos de lágrimas, y le dijo con voz conmovida y recelosa:

(1) Todos los versos que sirven de epigrafe á los capítulos de esta novela, excepto los del capítulo XII, pertenecen á poetas americanos.

—Caballero.... ¿recordais las condiciones bajo las cuales consentí en daros mi mano?

Aquellas breves palabras produjeron un efecto mágico en el joven; irguióse de pronto como si hubiese pisado una serpiente, y miró á su esposa con el semblante demudado, pálido de congoja y atónico de sorpresa, sin atreverse á sin poder encontrar una respuesta satisfactoria.

—Si, continuó ella, bien sabeis que no os amo; bien sabeis que únicamente por salvar el honor de mi familia, me he sacrificado.... tengo, pues, derecho á exigir que me cumplais vuestra promesa.

—Si hubiese creído, repuso don Luis cada vez mas agitado; si hubiese creído que vuestras palabras eran sinceras, yo no os hubiera empeñado mi palabra de honor.... Adela, ya estamos unidos para siempre.... olvidémoslo todo, y en vista de la ceguedad de mi pasión, perdonadme los medios de que me he valido para arrancaros vuestro consentimiento.... compadeceos de mí!

—Don Luis, para conquistar mi aprecio, para que me perdone.... es fuerza que trascorra algun tiempo. Si cuales son mis deberes de esposa, y los cumpliré.... Ahora dejadme llorar; dejad que el tiempo y la reflexión me preparen á resignarme con mi suerte,—y sobre todo, caballero,—añadió la joven desposada con energía notando el despecho y la cólera que se pintaban en el rostro de su marido, procurad con vuestra delicadeza y pundonor que olvide vuestra anterior indigna conducta.

—Es decir, replicó don Luis cruzándose de brazos no pudiendo ya contener la explosion de su ira: que viviremos como dos extraños, aunque vivamos bajo el mismo techo, esposos en el nombre y solo á los ojos mundo.

—A la verdad, no sé de qué os admirais: os lo pene antes.

—¿De qué me admiro? ¡Ah! nunca me imaginé que abrigaseis contra mi tanto odio y rencor!

—Me parece, Larteman, que no es gran cosa lo que os exijo de vos.... algunos dias, algunas semanas, algunos meses, ¿qué se yo?... exclamó la afligida hermana como hablando para sí:—francamente, ahora no sé lo que me pasa.... sufro tanto con la idea de que está ligada nuestra suerte para siempre, que no me es dado sobreponerme á la aversion que me inspirais.... ¡Oh! perdonad si os ofendo.... me duele deciroslo.... no me digneis á revelaros lo que no quiero.

Al espresarse de esta manera, la joven se habia levantado y con resuelto ademán, indicaba á su esposo otra puerta que comunicaba á un gabinete cercano.

Don Luis la vió entonces mas bella y seductora que nunca; al frenético delirio que sentia por aquella muger se unia el aguijón de la imposibilidad, la sed creciente y devoradora que despiertan siempre los obstáculos que no están en nuestra mano vencer.

La vió en todo el esplendor de su hermosura, sublimada por el dolor, engrandecida por la conciencia de su poder, fuerte con su dignidad, parapetada en su insuperable posicion de muger sacrificada por la felicidad de su familia, y acaso, acaso combatiendo con el amor tan violento é indomable como el suyo....

Todas estas reflexiones cruzaron por su frente con la velocidad del rayo y acabaron de cegarle. Don Luis olvidó todo, todo.... hasta su dignidad de hombre, cayó á las plantas de su idolo, pidiéndole misericordia con palabras llenas de pasión, ternura y sin igual vehemencia. Prodigóla cuantas espresiones pueden halagar la vanidad de una muger. Se arrastró á sus pies y rególos con sus ardientes lágrimas....

Ella inclinó la cabeza y le escuchó impasible, sin entreabrir los labios ni mirarle, sin manifestar enojo ni placer, piedad ni impaciencia.

Largo rato estuvieron asi, hasta que por último Adela, tal vez acongojada ya de oírle, alzó de pronto la frente, y entre dolorida y grave tendió la mano á su marido para que se levantase, diciéndole con una calma y entereza que no dejaban lugar á apelacion:

—Don Luis, es inútil.... mi propósito es irrevocable.... allí hay otra habitacion que he hecho preparada desde esta mañana.... escoged de las dos la que gustéis.

Y como él insistiese y procurase aun detenerla, ella le rechazó con violencia, corrió hácia la puerta del gabinete, entró y echó el cerrojo por dentro. Todo esto en menos tiempo del que se necesita para escribirlo.

El burlado esposo se acercó á la puerta, y dió un golpecito con la punta de los dedos.

—¡Adela!

Nadie respondió.

Larteman golpeó por segunda vez con el reverso del puño:

—¿No abres, Adela?

Tampoco contestaron.

Don Luis furioso, por tercera y última vez descargó varios golpes contra la traidora puerta, añadiendo por despedida:

—¡Ay de tí si no me abres!

Nada, silencio profundo.

Impulsos tuvo don Luis de echar abajo de un puntapié el frágil obstáculo que le detenía: pero se acordó que era la primera noche de su boda, y retrocedió ante la idea de dar un escándalo inútilmente.

—¡Oh! pérdida, tú me la pagarás, murmuró entonces dientes bramando de coraje y paseándose frenético de una pared á otra.

Su esposa, en tanto, se habia acercado á una bugia colocada sobre un velador en un estremo del gabinete, y contemplaba bañada en llanto y besaba con transporte un retrato de miniatura que ocultó en el seno.

Y todavía se paseaba él de una pared á otra y ella continuaba con el retrato en la mano llorando amargamente, cuando el reloj de la parroquia vecina daba las cinco y media, y la linda ciudad de Santa-Fé (1) residencia de nuestros protagonistas, abría sus ojos á la luz del nuevo día en la mañana del 4 de octubre de 1845, época en que comienza nuestra historia.

CAPITULO II.

REDIMIR CULPAS AGENAS.

He comprado con fibras de mi pecho una bella corona de azahares.
(Mármol.)

La estraña conducta de nuestra heroína merece que entremos en algunas esplicaciones, sin las cuales no se comprendería ciertamente.

Ya sabe el lector que es hermosa, jóven, sensible, dotada de las mas bellas cualidades morales: ya sabe que tiene diez y siete años y que la han casado contra su voluntad con un hombre que detesta, y ademas sabeis vosotras ¡oh simpáticas lectoras! que ama á otro, porque el incidente del retrato y algunas frases sueltas del anterior capitulo, os lo están patentizando, y sin duda presentis los poderosos motivos que obligado á la pobre Adela á pasar por el duro trance de deshojar una á una en las aras del deber, las mas fragantes rosas de su verde corona de ilusiones.

Garza real nacida para hendir el espacio y presa al abrir las alas por vez primera, despojada de su rico plumaje y encerrada en estrecha jaula por alevos cazadores. Suyo era el trasparente azul para embriagarse de aromas y armonías. Suya la bóveda celeste para albergar en ella sus ensueños de amor y poesia, puros como las primeras fragantes exhalaciones de una selva virgen, no profanada por el hombre; tiernos como el arrullo de la tórtola en el fondo de los valles; suya la dorada lumbre que baña el firmamento cuando el rey de los astros suspenso un breve instante en el cenit, rueda luego sobre las nubes, como una inmensa bola de fuego impelida al abismo por el soplo de Dios; suya era esa antorcha de vida é inspiracion, para ir á arrebatarle como Prometeo, un rayo divino que animase el fango de la yerta realidad.... pero manos impías abatieron su vuelo, y encerrada en un círculo de hierro donde no habia otra salida que la pérdida de su felicidad ó la infamia de los suyos, aceptó con sublime abnegacion el cáliz de hiel y la corona de espinas, que desde el Redentor del mundo hasta nuestros días, brindan los hombres al que se sacrifica por ellos.

Hija de un hacendado de la provincia de Santa-Fé que gozaba de una decente medianía, Adela tenia un hermano gemelo á quien amaba con delirio. Por desgracia, este jóven en extremo aficionado al juego, perdió una noche una suma considerable de la cual era simple depositario, y no contento con esto, mal aconsejado por un calavera desenfadado que se titulaba su amigo, cometió la imprudencia de agravar su falta con otra peor: falsificó letras de cambio, tomando la firma de un acreditado comerciante irlandés residente en Córdoba, en cuya casa habia estado de tenedor de libros.

Por una reunion de circunstancias muy largas de referir, estas letras fueron á parar á manos de don Luis Larteman, antiguo pretendiente de Adela, opulento propietario de Santa-Fé, bastante mal quisto en la provincia por su mal genio y orgullo, aunque muy temido y respetado por sus riquezas, influencia y relaciones políticas.

Don Luis, habia visto á Adela en un baile, y perdido al verla su sosiego. Enamorado locamente de ella, procuró ganarse su corazon, pero fué despreciado: se atrevió á pedir su mano á pesar de sus desdenes, y recibió un nuevo desprecio.

Don Antonio Valdemor y su hijo Carlos habian procurado al principio, creyendo que seria un capricho, vencer la resistencia de la jóven; pero nada consiguieron. Adela declaró terminantemente que nunca consentiria en aquel enlace, porque Larteman le inspiraba una repugnancia invencible, porque sus riquezas ni la consideracion de que gozaba valian nada á sus ojos, y que por su gusto nunca se casaria sino con un hombre que fuese de su agrado.

Su padre y hermano la amaban demasiado para obligarla á hacer un matrimonio de conveniencia. Sobre todo el anciano que era un hombre honrado en toda la estension de la palabra, frugal, bondadoso, desinteresado é idólatra de sus dos únicos hijos que ademas de ser mellizos, eran un vivo retrato de su malograda esposa, muerta al dar á luz á Adela.

A consecuencia de aquella repulsa, reiterada en distintas ocasiones, Larteman herido en su amor propio y escandalizado de que aquellos miserables, segun se espresaba él, no apreciaban dignamente el alto ho-

nor que les dispensaba, habia roto con ellos y jurado vengarse en la primera coyuntura favorable que la suerte le deparase.

La ocasion se presentó pronto, mas pronto de lo que él esperaba. La fatalidad hizo que las citadas letras viniesen á su poder, y que averiguase quién, cómo y por qué las habia falsificado.

Loco de alegría con su adquisicion y saboreando de antemano el placer de la venganza, mandó llamar á Carlos Valdemor á su casa, y presentándole las letras le dijo:

—O me caso dentro de seis dias con vuestra hermana, ú os hago meter en la cárcel por ladron, reduzco vuestra familia á la mas espantosa miseria, y arrojo vuestro nombre á la execracion pública.

¡Terrible alternativa!

Carlos, que conocia á su futuro cuñado y que se veia imposibilitado de defenderse, procuró inútilmente, ya que no escitar su piedad, disuadirle al menos de su propósito, manifestándole la tenacidad del carácter de su hermana y la dificultad de reducirla á la razon. Don Luis se mostró sordo á sus plegarias y á sus protestas, y le despidió repitiéndole lo que acababa de decirle.

Tristísima y desgarradora fué la escena entre los dos hermanos: largas esplicaciones se sucedieron de una y otra parte. Adela le declaró que amaba en secreto y era amada de otro hombre; pero que renunciaria á todo por salvar el honor de su familia, siempre que don Luis aceptase las condiciones que pensaba imponerle.

Para valorar el heroico sacrificio de la infortunada jóven, era preciso estar en antecedentes: hacia un año que don Antonio complicado sin motivo en una causa criminal de la que al fin salió inocente, tuvo que pasar á Córdoba (1) adonde fué á reunirse su hijo despues de dejar á Adela en Mendoza (2) en la casa de una tia suya, hermana de su padre.

En la quinta de esta, situada á una legua de la ciudad, capital de la provincia de su nombre, conoció Adela á su primo Enrique, escelente jóven, de veinte y tres años, de gallarda presencia, de finos modales y de gran talento, condenado á causa de su pobreza á vejeitar en una oscura provincia, lo cual unido á ese germen de tristeza que se desarrolla mas tarde ó mas temprano en todos los hombres superiores, habia impreso prematuramente en sus bellas facciones el sello de una grave y simpática melancolía.

Enrique Artames se conceptuaba desgraciado y soñaba razon para creerlo. Sintiendo rebosar en su mente el genio y el ansia de elevarse, y falto de teatro donde desarrollar su actividad, forzado á malgastar su inteligencia y su tiempo en ocupaciones para las que no habia nacido, era natural que estuviese mal avenido con su suerte. Todo lo que podia exigirle, era que se resignase á sobrellevarla con calma, y él ponía por su parte los medios para conseguirlo: no era culpa suya si no lo alcanzaba.

Adela le vió y no pudo menos de concederle su estimacion y convenir con todos en que su primo era un jóven apreciable bajo todos conceptos, al mirarle tan tierno y afectuoso con su anciana madre, ocultando su pesar por no afligirla, y siempre dispuesto á renunciar á todo por ella.

Tras el aprecio vino la simpatía, tras la simpatía el interés, y tras el interés el amor. Se hablaron, se comprendieron, y juraron ser el uno del otro, y como prenda de aquel juramento, cambiaron sus retratos y dos sortijas, que prometieron devolverse el día de su union.

Tres meses despues, habiendo salido libre don Antonio de las injustas acusaciones que le llevaron á Córdoba, retornó á Santa-Fé, y Adela volvió á la casa paterna acompañada de su tia y de Enrique.

Por un sentimiento de delicadeza muy fácil de comprender, atendida su posicion, Enrique habia exigido de su amada que reservase el secreto de su amor hasta que la suerte se le mostrase mas risueña. El era pobre, muy pobre, y se avergonzaba de que creyesen que pensaba en casarse para vivir á espensas de su tio, que apenas contaba con lo suficiente para vegetar con decencia.

Su amante respetó este capricho hijo de su pundo-nor, y nadie ni aun su mismo hermano, á quien confiaba todos sus secretos, llegó á arrancarle este.

Al poco tiempo Larteman, como ya dijimos, la encontró en un baile que dió el gobernador de la provincia, y se enamoró de ella.

Los desprecios de Adela, como sucede siempre, no hicieron mas que acrecer su pasion, y si el orgullo le alejó de su lado momentáneamente, no por eso renunció á sus esperanzas. Don Luis era de aquellos hombres tenaces cuya energia se aumenta con las dificultades, y que saben luchar con los obstáculos hasta vencerlos ó ser anonadados por ellos.

Confiado, pues, en la superioridad de las terribles armas que el destino habia puesto en sus manos, se presentó á la ingrata que le despreciaba; mas que como un amante sumiso, como un hombre justamente ofendido, cansado ya de sufrir sus fantasías y extravagancias, y dispuesto á perder á su hermano.

Adela le escuchó en silencio, y cuando hubo concluido le dijo:

(1) Ciudad capital de la provincia de su nombre en la república Argentina. Se fundó en 1573 sobre la margen derecha del río Paraná en la confluencia del Salado. Ha sido arruinada varias veces por los indios del Gran Chaco, y tanto por esta circunstancia como por lo insalubre del terreno, se trasladó en 1634 al punto que hoy ocupa, á poca distancia del parage mencionado. Está edificada en una llanura, y sus casas, aunque de un solo piso, ofrecen un aspecto agradable. La guerra civil, su posicion desventajosa, y sobre todo el impedimento que opone el río á la libre navegacion del Paraná y demas rios interiores, no le han permitido engrandecerse y ha decaído mucho en estos últimos tiempos. Cuenta aproximadamente de ocho á diez mil almas.

(2) Idem.

—Caballero, dadme esos papeles, y me casaré con vos.

—¿Cuándo? preguntó don Luis sin poder ocultar su alegría.

—Dentro de un año....

—Adela, si pretendéis engañarme con vanos pretextos, sabed que sois todavía muy jóven para burlaros de mí.... de aquí á tres dias sereis mi esposa, ó si no!....

Larteman, birió el suelo con el pie, y el carmin de la ira coloreó su tez morena y prestó á su audaz fisonomía algo de imponente y amenazador, que contrastaba con la mansedumbre y la altiva resignacion de su víctima.

—Está bien, repuso la jóven con la misma afectada tranquilidad; puesto que sois implacable, y no hay remedio, cúmplase la voluntad de Dios.... seré vuestra esposa dentro de tres dias, si me empeñais vuestra palabra de honor de que respetareis mi voluntad en algun tiempo....

—No solo la respetaré, sino que procuraré anticiparme á vuestros deseos, probaros á todas horas y en todas ocasiones, la sinceridad y vehemencia del ardiente amor que os profesó!.... exclamó don Luis anhelante, embelesado, ébrio de gozo, creyendo que soñaba.

—Caballero, continuó Adela enjugándose algunas lágrimas que á su pesar corrían á lo largo de sus mejillas, reflexionad bien lo que me prometeis.

—Una vez casado con ella, pensó Larteman, yo haré lo que mejor me parezca, por lo tanto, nada se arriesga con prometer. Inspirémosla confianza.

—Os juro por mi honor, señorita, por lo mas sagrado que haya, añadió en voz alta, que respetaré hasta vuestros caprichos.

—¡Oh! no olvideis lo que acabais de prometerme.... ya que nuestro enlace va á efectuarse con tanta precipitacion, porque así lo exijis vos, y yo.... siento decíroslo.... no os amo.... dejadme al menos el tiempo necesario para que os cobre estimacion y cariño.... si eso es posible.... murmuró Adela con acento tan débil que no lo entendió su futuro esposo.

Don Luis para tranquilizarla volvió á prometerla cuanto quiso, y en virtud de tan solemne promesa, tres dias despues, Adela le entregaba su mano y tenia lugar en la estancia donde hemos introducido á nuestros lectores, el dramático episodio que sirve de prolegómeno ó exordio á esta verídica historia.

Dilucidados los hechos, la singular conducta de Adela con don Luis, nada tiene de extraordinaria. Réstanos solo al cerrar este capitulo, mencionar una circunstancia que vino á justificarla mas y mas. Esa misma noche, poco despues de la ceremonia nupcial, recibió ella una carta de su amante, en la que le anunciaba que su madre habia muerto, y que no teniendo ya quien le detuviese en Mendoza, pensaba irse á Bolivia, donde residian algunos de sus parientes ricos y en muy ventajosa posicion, y donde esperaba en breve, á fuerza de constancia y laboriosidad, crearse una fortuna independiente.

La carta, escrita con el mayor desorden, sin fecha, sin puntos ni comas, casi ilegible, sin conexion ni unidad en sus periodos, borradas las letras con las lágrimas que debieron caer sobre el papel al trazarlas, revelaba el desconcierto de su cabeza y el mal estado de su espíritu, y finalizaba diciendo á su ángel custodio, á su Adela idolatrada, que ella sola era la única esperanza, el único vínculo que le ligaba al mundo, y que el día que le faltase pondría término á su vida.

¡Fatal y estraña coincidencia! En esa misma noche recibia él á la misma hora la carta que ella le escribió participándole su próximo enlace y las poderosas razones que le obligaban á serle infiel y á renunciar al cielo de su amor, para aceptar en cambio el infierno de pasar su vida al lado de un hombre que detestaba....

Y todo ¡ay! por REDIMIR CULPAS AGENAS.
(Se continuará.)

CRONICA TEATRAL.

Al ocuparnos de teatros, nuestros ojos se vuelven sin poderlo remediar al teatro de Oriente. Este teatro, como el mas nuevo, como el mas grande de todos los de Madrid, ocupa por ahora la atencion general y es todavía objeto preferente de las chismografías teatrales.

Vária es, sin embargo, la opinion del público respecto al grandioso coliseo de la plaza de Oriente.

Quienes admiran aun estasiados la sin par magnificencia y el esplendente lujo que allí se alberga, sus escelentes compañías lírica y coreográfica, sus brillantes funciones y su numerosa y escogida concurrencia.

Para estos el teatro de Oriente eclipsa al Escorial, y reclama en vez de esta grandiosa obra el puesto reservado á la octava maravilla del mundo.

Quienes no ven en el teatro Real sino un monstruo de cien cabezas, pronto á devorar con su insaciable apetito metálico las fortunas de todos sus concurrentes, y á arruinar á los demas teatros de Madrid: edificio colosal, dicen, que es todo menos teatro y cuya vida venturosa pasará muy en breve para nunca mas volver.

Para estos el teatro Real no es mas que la segunda edición del malhadado congreso de Diputados, que ocupará una página tristemente célebre en nuestros fastos arquitectónicos.

Sin asentar nuestra opinion sobre estas cuestiones, por que escribimos crónicas y no críticas, diremos, á fuer de cronistas, que el teatro Real es un grandioso

edificio, pero un mal teatro: con una sala muy hermosa, pero horriblemente fria: con una concurrencia muy brillante, pero muy desanimada: que comenzó por la etiqueta mas rigurosa y acabó por admitir las capas y las pieles; que en ocho funciones ha bajado un cincuenta por ciento en el entusiasmo público: y que acaso no tarde en ir á parar á donde van á parar á menudo todos los entusiasmos de este género.

Creemos tambien nosotros, francamente hablando, que el teatro Real, considerada su vida pública, no ha debido ser objeto de tantos elogios, ni de tan amargas censuras. Ni lo uno ni lo otro merezco, pudiera decir él, si hablara como la estatua de Felipe IV, parodiando el dicho de un célebre poeta y diplomático español.

Porque, á decir verdad, ¿qué mal ha ocasionado el teatro de Oriente á los demas teatros de Madrid? ¿No están todos ellos constantemente llenos, constantemente favorecidos del público, aunque se representen en algunos, cosas de poco mérito literario. ¿No los hay entre ellos que se han sentido con fuerzas para dividirse en dos y atraer diariamente dos públicos, como le sucede al teatro de Variedades?

Pues convengamos entonces en que la aparición del teatro Real ha sido de todo punto indiferente para el progreso de los demas teatros de Madrid.

Dejémoslo por lo tanto descansar y hablemos de estos últimos.

Verdad es que nuestras fuerzas no alcanzan á recorrer el inmenso espacio que nos hemos dejado en claro desde nuestra revista teatral de fines de octubre último.

¿Quién es, si no, el que recuerda ya que en el TEATRO ESPAÑOL se ejecutó una tragedia titulada *Remismunda*, que apenas pudo alcanzar tres representaciones silenciosas y mustias? ¿Y qué poco después de ella se puso en escena la comedia *Un clavo saca otro clavo*, no mas venturosa en la aceptación del público inteligente, á pesar de ir escudada con la cooperacion de tres ingenios?

Por fortuna para el teatro Español, fué muy corto este mal camino. Con el mal éxito de estas dos novedades, su ilustrada direccion volvió los ojos á nuestro conocido repertorio teatral, antiguo y moderno, nacional y extranjero. Representóse el *Alcalde de Zalamea*, joya de finísimo oro de nuestra antigua escena, muy bien ejecutada por los señores Latorre, Calvo y Pizarroso. Vino luego tras ella, y arrancó vivos aplausos el bellissimo drama del señor Hartzenbusch, los *Amanes de Teruel*, una de las mejores obras del teatro moderno, y uno de los triunfos de la señora Lamadrid (doña Teodora) y del señor Valero. Y aunque pasemos por alto á *Ricardo D'Arlington* y *El vaso de agua*, dos producciones francesas en que el señor Valero ha sido muy aplaudido, no callaremos la satisfaccion que nos ha cabido al ver de nuevo en escena el drama del señor Gil y Zárate, *Guzmán el Bueno*, interpretado admirablemente por la señora Lamadrid (doña Bárbara), y los señores Valero, Calvo y Pizarroso. Los dos primeros actores han estado sublimes en algunos momentos, y sobre todo en las escenas mas interesantes del penúltimo y del último acto.

Juntamente con estas obras, en su mayor parte de grandísimo mérito, han alternado algunas otras no menos apreciables. Han continuado las representaciones del *Tesorero del Rey*; y recientemente se han dado algunas de *Don Francisco de Quevedo*, magnífica producción dramática del señor Sanz, que ejecutada en dos temporadas distintas y por actores diferentes, en ambas ha sido recibida en la escena española con unánimes y estrepitosos aplausos.

Como se echa de ver por este ligero apunte, la direccion del teatro Español sigue en el orden de las representaciones un sistema muy acertado. Su eleccion de piezas es siempre variada y siempre buena. Los actores cooperan todos muy eficazmente al fin que se propone la direccion con sus laudables esfuerzos. Marchando por este camino el teatro Español, y apoyado, como merece estarlo, por la prensa y la opinion ilustrada, recobrará al cabo el lugar que le corresponde en la opinion y en la aceptación pública.

En los demas teatros han sido pocas las novedades

del mes de noviembre que merezcan mencionarse.

VARIEDADES nos ha dado la linda aunque defectuosa comedia *Juegos prohibidos*, bastante bien versificada; y la zarzuela en dos actos, *Pero Grullo*, manjar soso, que sazonan algunos trozos de buena música.

TEATRO DE LA COMEDIA.—URGANDA LA DESCONOCIDA.



Decoracion final del segundo acto, pintada por Mr. Couseau.

ca, perfectamente cantados por el señor Salas. Las *Escenas en Chamberi* tienen el mérito especial de la verdad, de la exactitud en la copia: sabido es de sobra que las escenas que pasan en nuestro Chamberi son de lo mas tonto é insulso que darse puede. En medio de todo, aun nos gustó mas el Chamberi de Variedades que el de las afueras de la puerta de Santa Bárbara, porque en el primero baila la Petra Cámara con el primor y el *marreo* de costumbre.

Pero el verdadero centro de accion del teatro de Variedades durante el mes de noviembre, ha sido la linda comedia del señor Navarrete titulada *Un matrimonio á la moda*, que ha tenido un éxito brillante y atraído un lleno completo en mas de veinte representaciones casi seguidas. Felicitamos sinceramente al autor por un éxito que juzgamos merecido y que desearemos con todo nuestro corazon á este género de producciones. Cuando la obra del señor Navarrete no abundase en otras muchas bellezas, el fondo de moralidad que constituye su pensamiento la hace á todas luces apreciable y digna de la aceptación con que el público la ha distinguido. El señor Navarrete y todos los que, como él, procuren hacer del teatro una escuela de buenas costumbres, trabajan en una obra provechosa y merecen todo género de estímulos y de elogios.

Con gusto hemos observado hace tiempo que la empresa del teatro de Variedades tiene una marcada tendencia á este género de producciones, sin duda por contrastar con su compañero el primer teatro de la Comedia, donde es inveterada costumbre, de que aun se conservan vestigios, el que todas las cosas se vistan de un alegre verdor primaveral.

Ahora, sin embargo, el teatro de la Comedia, ó del Instituto, llevando como lleva á la cabeza de su compañía al eminente actor don Joaquin Arjona, tiene dias en que sus funciones nada dejan que desear al público mas ilustrado y exigente.

Enumerar ahora uno por uno los triunfos obtenidos por este actor en varias producciones dramáticas antiguas y modernas, como son: *Las Memorias del diablo*, *El Dómine consejero*, *La verdad sospechosa*, *El tio Pablo ó la educacion*, y algunas otras, fuera muy larga y prolija tarea. ¡Qué naturalidad, qué propiedad, qué excelentes maneras, qué conocimiento de los personajes que caracteriza, qué maestría en la ejecucion de todos sus papeles, es la del señor Arjona! No ocultemos, sin embargo, que han cooperado muy eficazmente al buen éxito de estas producciones dramáticas, las señoras Samaniego, Enrique y Dardalla. El teatro de la Comedia ha ganado mucho en esta temporada con la adquisicion de tan buenos actores.

Después de esto, nos parece que es descender algun tanto recordar las sandeces del *Tio Pinini* á pesar del buen éxito que ha tenido. Ni mencionaremos tampoco á *Criminal y honrado á un tiempo*, primera producción

de un artesano, que no obtuvo el beneplácito de los espectadores, ni por su carácter de primera producción, ni por ser obra de un oficial de carpintero.

Hagamos, si, una mencion honorífica de las *Deudas de honor y amistad*, producción del señor Galvez, que el público ha recibido con aplauso, y continúa representándose con buen éxito cuando escribimos estas líneas. En otra ocasion nos ocuparemos de esta obra mas detenidamente.

Cuando comenzaba el periodo á que se refiere la presente crónica, poníase en escena en el TEATRO DEL DRAMA *Fernando el pescador*, ó *Málaga y los franceses*, que á falta de otro mérito no carece de una gran dosis del mas puro y refinado patriotismo. El público que acude á la calle de Valverde, público de buena fe en su inmensa mayoría, correspondió con grandes aplausos á los arranques patrióticos del autor, y saludó con vítores y aclamaciones á la bandera española, que aparece en escena al final del drama, triunfante de las armas enemigas.

Algunos dias después se representó en el mismo coliseo *Mae Juan el Espadero*, drama del señor Cea, que si bien no ofrece un grande interés en su argumento, seduce con el encanto de una versificación magnífica, bastante por si sola para dar una idea aventajada de los talentos

poéticos de su autor. El público le hizo justicia llamándolo á las tablas, aunque el señor Cea tuvo la desusada modestia de no presentarse en ellas.

Ultimamente acaba de salir á las tablas el señor Lombia, tan deseado para los concurrentes al teatro de los Basillos. La *Alqueria de Bretaña* en que el señor Lombia ejecutó el interesante papel de Kerouan, se estrenó la noche del jueves último en medio de una numerosísima concurrencia. El señor Lombia fué muy aplaudido y llamado á las tablas á la conclusion del drama.

J. M. ANTEQUERA.

LOGOGRIFO.



LA SOLUCION EN EL NUMERO INMEDIATO.

Solucion del logogriph inserto en el número anterior. Los emperadores de Persia, navegaban con gran pompa.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm. 8.